

Fulda, en la circunscripción del alto Rhin. Por tales circunstancias, estos nombres de Fulda y Worms debían andar más cercanos en la mente de Higuera de lo que lo están en aquel territorio las localidades que representan. Una vez decidido á hacer venir los cronicones de Alemania, lo cual no era mal discusido por la actividad que aquel país ponía en rebuscar, desenterrar y dar á luz escritos de la antigüedad, mejor le hubiera estado, porque desde luego cortaba de raíz toda investigación de procedencia, haberlos dado como encontrados entre los restos de los archivos que el furor de los anabaptistas había destruido ó dispersado, ó de los manuscritos que empleaban los inspirados de Juan de Leyden para cargar sus cañones. Esta versión de Worms y del padre Torralba fué la que prevaleció entre todas las que sobre el hallazgo se adujeron.

Desde que Ambrosio de Morales y don Antonio Agustín iniciaron la tendencia de recurrir á las fuentes para escribir la historia de España, los antiguos cronicones fueron muy buscados y apreciados. En los pocos años que habían transcurrido del siglo xvii hasta la impresión del Dextro y Máximo diéronse á la estampa Juan de Biclara, Lúcas de Tuy, Idacio, Isidoro Pacense, Sebastian de Salamanca, Sampiro y Pelayo de Oviedo. No hacía, pues, novedad la publicación de esta clase de vestigios monumentos literarios, que arrojaban opaca

luz, pero al fin luz, sobre remotos y nebulosos períodos de nuestra historia.

Braga se habia hecho otro centro de falsificaciones; allí se forjaron el concilio bracarense primero, que con contestable buena fe ingirió Brito en su *Segunda Parte de la Monarquía Lusitana*, como hallado en un códice del monasterio de Alcobaza; la crónica de Laymundo, capellan del rey don Rodrigo, libro de la familia del Beroso de Annio, esto es, dirigido á dar noticia de los primeros pobladores de España, y especialmente de Portugal; y la carta de Hugo, obispo de Oporto, uno de los tres autores de la *Historia compostelana*, á un Mauricio, arzobispo de Braga. Esta carta fué forjada á consecuencia de la publicacion de Dextro, para contrarestar ó desvirtuar su afirmacion de primacia en favor de la iglesia de Toledo; en ella refiere Hugo, extractando una Vida de san Pedro de Rades que dice tener en su poder, escrita por Caledonio, fabuloso prelado que los cronicones asignan á Braga en el siglo III, que este san Pedro fué consagrado obispo de aquella metrópoli por Santiago, y cita los lugares en que predicó é instituyó sedes; que Santiago, despues de erigir en Zaragoza templo á la Virgen y dejar por prelado á Atanasio, vino á Braga, donde la dedicó otro templo con Pío hispalense y Elpidio toledano; que de aquí se dirigió á Brigancio, donde se embarcó para Inglaterra, quedando en Braga san Pedro

de Rades, constituido por vicario suyo y primado de los demas obispos españoles: indica la venida de legados del Papa, apoyándose en la autoridad de Dextro y de Máximo. Este documento, diestramente elaborado para contentar á todo el mundo, ménos á Toledo, á quien arrebatava la primacía, si bien procurava indemnizarle corroborando el origen apostólico de su silla; que confirmava la tradicion del Pilar y la prelatura de Atanasio y de Pío; que enaltecia al nivel de aquel santuario otro tambien venerado de la poblacion bracarense; que revelava la remota institucion de muchas sedes y que autorizava la legitimidad de los cronicones recién publicados, no podia encontrar oposicion más que en Toledo, y esta sería poco temible por evidentemente interesada. Caledonio, obispo y santo del siglo III, afirmando con tan minuciosas circunstancias la constitucion en primada de la iglesia de Braga, dejava en muy segundo término la autoridad de Dextro, que carecia de aquel doble y sagrado carácter y era muy posterior. Fué autor de esta manobra un Gaspar Alvarez de Lousada, secretario del arzobispo, notario apostólico y archivero de la corona de Portugal; hombre erudito, aficionado á antigüedades á la manera de Román de la Higuera, con quien se correspondia y á quien habia servido de intermediario para hacer llegar al prelado bracarense los fragmentos de Dextro, investigador de

los tiempos primitivos de aquella iglesia, y que habia tomado parte en la cuestion de san Tirso. Mientras que los fragmentos de Dextro no llevaron á Braga más que noticias de sus prelados y santos, fueron bien acogidos; pero en cuanto se vió que resolvian en favor de Toledo la cuestion de primacía, comprendieron que á esta parte habia que poner un enérgico correctivo. Hasta en la manera de lanzar el falsificado documento mostró grande habilidad Lousada; quiso que lo fuera por mano de un escritor español en quien no cupiera sospecha de ficcion; proponiéndose, sin duda, hacerlo tragar hasta al mismo Higuera, y le encontró en Bivar, que trabajaba su comentario de Dextro; pero habiendo muerto Higuera antes de que éste se publicara, no se le logró que viera la carta de Hugo, ante la cual tan triste figura hacia aquel cronicón, y su mismo autor la hubiera hecho envuelto en sus propias redes, y arrepentido de haber tan liberalmente regalado á los bracarenses el santo obispo Caledonio.

---

## IV.

*Cronicón de Luitprando.*— Los reyes Witiza y don Rodrigo.— Carlomagno.— Roldan.— Herejía sobre el alumbramiento de la Virgen.— El cronista Julian Lúcas.— Pontífices españoles.— Antigüedad de los carmelitas.— Osio.— La geografía en los falsos cronicones.— *Cronicón de Julian Perez.*— Competencia de las liturgias muzárabe y romana.— Casamiento de la infanta doña Teresa de Leon con Abdallah de Toledo.— La nacionalidad irlandesa asimilada á la española.— Los judíos españoles.— Los amigos del poeta Marcial.— Noticias, hasta entonces ignoradas, sobre varios personajes históricos y mitológicos.— Ennoblecimiento de linajes.— Ramirez de Prado.— Salen á luz los *cronicones de Luitprando y Julian Perez.*

No se habrá olvidado que formaba parte de los primitivos cronicones un pequeño fragmento, puesto bajo el nombre de Eutrando. De entonces acá ha crecido hasta adquirir no menores dimensiones que sus hermanos mayores Dextro y Máximo; pero ahora se denomina *Luitprando* ó *Eutrando*, nombre aquel con que es verdaderamente designado el obispo cremonense, áulico del rey de Italia Berenguer II, historiógrafo y diplomático, á quien el artífice de estos apócrifos cuelga el cronicón de que vamos á dar cuenta. Abarca éste desde el año 606 al 960; lo que en él más sorprende es la activa y regular correspondencia que podia seguirse en el siglo x entre Granada y Fulda. Encabézanle dos cartas, de las

várias que de las mismas se infiere mediaron entre Luitprando, bibliotecario, segun él se llama, de aquella abadía, y el obispo eliberitano Tractemundo, no ya Regismundo. Es dirigida la primera por Tractemundo á Luitprando, y en ella le cuenta la situacion angustiosa en que viven los muzárabes granadinos, iglesia que tuvo por primer pastor á Cecilio, compañero de Santiago, y le pide que si en las bibliotecas de Alemania existen los escritos de Methastenes (uno de los apócrifos de Annio) y los de Dextro y Máximo, le envíe traslado, porque en España no se encuentran; rogándole continúe el cronicón del último hasta entonces, como Argebato rogaba á Máximo hiciese con el de Dextro; que en punto á medios de explicar la continuacion y enlace de los cronicones entre sí no era fecundo Higuera. La otra carta es la que llevaba al frente el fragmento de Eutrando, un tanto aumentada, principalmente con objeto de remachar la afirmacion de la penitencia de Elipando<sup>1</sup>. Los dos correspondientes cam-

<sup>1</sup> Véase cuanto habia ganado en seguridad la penitencia de Elipando desde Eutrando á Luitprando:

## EUTRANDO:

.....Sanctissimus Elipandus archiepiscopus toletanus, postquam illum erroris sui de adoptione Christi seriò penituit.

## LUITPRANDO:

.....Sanctissimus Elipandus episcopus toletanus, postquam illum erroris sui de adoptione Christi seriò et verè penituit, ad quem manifestandum concilium episcoporum suffraganeorum et abbatum collegit, et coram omnibus adjurato publico errore, fidem S. R. E. confessus est.

bian recuerdos de cuando convivieron en Toledo, donde era Tractemundo presbítero y Luitprando subdiácono, considerados de los sarracenos por la protección con que cubrían á aquellos muzárabes los reyes de Oviedo.

Román de la Higuera no se toma el trabajo de motivar la venida de Luitprando á Toledo, y cierto lo merecía tan extraña fantasía en un lombardo, cual era la de venir á ser subdiácono en una ciudad musulmana de lo interior de España. Esto demuestra que Higuera no estudió el personaje; porque, si necesitaba traerlo á Toledo para que pudiese referir con autoridad los sucesos de esta ciudad y de España, medio más racional le procuraba su calidad de diplomático, pues todo estaba reducido á suponer una misión para alguno de los walíes que en ella se hicieron soberanos en los períodos de independencia de los califas, ó para éstos cuando accidentalmente allí residieron, como la que llevaron á Córdoba el presbítero Dulcidio, de parte de don Alonso el Magno; ó el obispo Velasco, de la de don Sancho de Leon. Luitprando fué uno de esos diplomáticos de la edad media, tipo de que difícilmente nos podemos formar idea hoy que un legado ó embajador se traslada cómodamente de una corte á otra, sin otro cuidado que el moral de sus funciones, y no arriesgando más que su reputación de prudencia ó de habilidad. Un negociador del tiempo

de Luitprando corria toda especie de aventuras por malos caminos, temeroso siempre de salteadores y de asesinos apostados; tras las dificultades de las cosas venian las de los hombres: el trato con los príncipes de la edad media era difícil; bruscos, excéntricos, arrebatados, casi salvajes, y por lo mismo muy violentos y muy astutos. Los diplomáticos de nuestros días no tienen que temer más que frialdades; los del siglo x tenían que temer por su libertad y por su vida, á poco que contrariaran los príncipes con quienes habían ido á negociar. Véase, pues, si Higuera pudo hacer de Luitprando un personaje interesante trayéndole de legado ó negociador, en vez de subdiácono, á la corte de Toledo<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Contemporáneo de Luitprando y al servicio también de Oton, como legado, existió un personaje mucho más á propósito para haberle hecho autor del cronicón: Juan Gorziense, embajador enviado por aquel emperador al califa de Córdoba en 957. Conteniendo las credenciales y cartas que traía expresiones injuriosas á la religion de Mahoma, el califa se negó á recibirle. Aterrados los muzárabes con la amenaza que había hecho el soberano de descargar sobre ellos sus iras, suplicaron con grandes instancias, por medio de su obispo, al embajador, que desistiese de presentar aquellas inconvenientes cartas. Juan no quiso acceder, y en esto se pasaron tres años hasta 960, en que recibió orden de su corte para reservarlas; entonces hizo su entrada en Córdoba con gran pompa. Véase con cuanta verosimilitud hubiera podido suponerse que había empleado sus ocios durante aquellos años de espera en informarse de la historia eclesiástica y civil de España y componer un cronicón. Pero Higuera no tenía noticia de Juan de Gorze, á pesar de ser tenido por santo, ni de su venida á España



Continúa en este cronicón el monótono desfile de obispos, principalmente toledanos, alternando con abades y abadesas que florecen, concilios que se reunen, traslaciones de reliquias, martirios de muzárabes, muertes de papas y de reyes. Los embellecimientos de Toledo en puertas, puentes, iglesias y mezquitas van encontrando sucesivamente lugar, y ya se supondrá que no pasa olvidada la fundacion del templo de San Tirso, célebre por la carta de don Silo. Amenizan este relato noticias de la estan-

ninguno de nuestros escritores de aquel tiempo, lo cual no es extraño, pues su *Vida*, que da cuenta del suceso de su embajada, vió por primera vez la luz en la *Nova Bibliotheca* de Labbe, esto es, ya mediado el siglo xvii.

Otro autor hubo en el siglo ix tambien muy á propósito para poner en su cabeza un cronicón como el de Luitprando. Usuardo, el compilador del martirologio que lleva este nombre, vino á España en 858 con otro monje, ambos comisionados por los de san Germán de Paris, para trasladar allí el cuerpo de san Vicente mártir, expuesto en Valencia á las profanaciones de los moros. Llegados á Barcelona, supieron que las reliquias que buscaban no estaban ya en Valencia, y por no volver con las manos vacias, resolvieron irse á Córdoba, donde esperaban obtener los restos de algunos muzárabes mártires. Atravesando toda España, llegaron á esta ciudad, donde no sin trabajo consiguieron dos cuerpos de santos, con los que dieron la vuelta á Barcelona, pasando por Toledo, Alcalá y Zaragoza, restituyéndose á Francia por Narbona. Pero tampoco se sabía aquí, en tiempo de Higuera, nada de este viaje de Usuardo, porque no era conocida la historia de la traslacion de las reliquias que lo motivó, escrita por Aymon, monje del mismo monasterio de san Germán á fines del siglo ix, é inserta en el *Acta Sanctorum ord. S. Benedicti*, de D'Achery y Mábillon.

cia de Mahoma en España, de las artes mágicas á que dió nombre Toledo; de la ereccion del Pilar en el año 37, y su dedicacion á la Concepcion inmaculada; de la celebracion de la fiesta de Santiago, la escena de la abjuracion de Elipando, las leyendas de la investidura de la casulla á san Ildefonso, de la aparicion de santa Leocadia, del Sacramento arrojado al pozo de Jarandilla para que no fuera profanado por los sarracenos; y la del convento soterrado por permission divina, á ruego de las monjas, temerosas de los atrevimientos de estos infieles, del cual se estuvieron oyendo tañer las campanas por muchos años á las horas canónicas.

El Witiza de Luitprando es el abominable tirano que hace diez siglos viene despeñándose por las gemas de la historia, y en cuyo retrato acababa de dar los últimos toques Mariana para exponerlo á la execracion pública en la picota de su archipopular *Historia de España*. Sociedad la visigoda medio civilizada, indiferente en religion, á consecuencia de los cambios de creencia impuestos por la política, gobernada por una monarquía anárquicamente electiva, despotismo el más arbitrario y osado de todos, porque se ejerce á nombre de la delegacion de los derechos del pueblo; constituyendo lo rebajado de los caracteres y lo corrompido de las almas un estado social, en que los hombres se dividian en rebeldes y serviles; Witiza inicia su reinado con la amnistía

más amplia, devolviendo á los desterrados sus dignidades y sus riquezas, y entregando públicamente al fuego las pruebas y denuncias de conspiraciones: el nuevo rey quiere curar á la degenerada nobleza goda la úlcera de la pasion del poder, y dirigir su sedicioso espíritu hácia las artes de la paz, y para ello derriba los muros de las ciudades que brindaban con abrigo á los rebeldes, y pretende, segun la pintoresca expresion del arzobispo don Rodrigo, convertir las armas en arados: los judíos, numerosos en España, habian sido compelidos á hacerse cristianos; advirtiósese que su conversion no habia sido sincera, y se les declaró esclavos; Witiza les devuelve la libertad: los lazos de la familia no habian resistido más que los otros sociales á la relajacion general; la poligamia, existiendo de hecho, creyó Witiza que valia más legalizarla, y como jefe de la religion y del Estado, la autoriza así entre los seglares como en el clero. Tales son los actos concretos que han llegado á nosotros de la administracion del penúltimo rey de los godos; ellos nos demuestran que Witiza no era, en suma, más que un utopista. La legalidad de la poligamia, medida, sin duda, la más popular de su reinado, es la pieza capital del proceso que le instruyeron los cronicones de la edad media, redactados por monjes y prelados, y la que formó la base de su reputacion de incontinencia. A poner coto á estos desórdenes vino Rodrigo: aquí

el cronicón de Luitprando, por el modo como coordina los hechos y la concision con que los presenta, convierte en cómico el carácter trágico que distingue siempre la agonía de una nacion: Rodrigo, vencedor de la moral ultrajada, abroga la ley de la poligamia, destituye del arzobispado de Toledo á Oppas y viola á Florinda<sup>1</sup>. La pompa y decoro inherente á la majestad no quiere Higuera que falten al monarca godo; el arzobispo don Rodrigo le lleva á la batalla de Guadalete en un carro de marfil tirado por dos mulas, lo que repite la crónica general, «ca assí era entonces costumbre de andar los reyes de los godos.» Este tiro episcopal estuvo paseando á Rodrigo durante la edad media, hasta que le reemplazó Diego de Valera por una briosa cuadriga, «á la costumbre de los reyes godos.» Debió parecerle á Higuera que la carroza de rey tan fastuoso, espléndido y galante requería tiro entero, y añadió dos caballos más á la cuadriga de Valera, haciéndolos todos blancos, lo que asimilaba el tren de Rodrigo á los que ponian á los reyes y triunfadores los artistas del renacimiento<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> «Rex Rudericus in principio regni sui lege lata legen Witanis de clericis uxorandis et alendis secum pluribus uxoribus abrogavit, et Oppanem de ecclesia toletana depulit. Cavam Florindam filiam comitis Africæ limitanei Juliani violat.» (LUITPRANDI *Chron.*, ann. 711.)

<sup>2</sup> «.....Rudericus..... carru subvectus eburneo trahentibus sex candidissimis equis, serico auroque venustus, à sarracenis præ-

España llevó también su contingente á la historia poética de Carlomagno. El arzobispo don Rodrigo, y la crónica general nos le muestran fugitivo de su padre Pipino en la corte de Galafre, rey de Toledo, donde enamora á la infanta Galiana, mata en duelo á su rival el moro Bradamante, y huye con ella á Francia, como despues huyó de Sansueña don Gaiféros con Melisendra, la hija del Emperante. Luitprando acredita esta historia, y hace á Bradamante régulo de Guadalajara, donde existió una puerta con su nombre, y moro de gigantescas proporciones y de torvo semblante. La Francia moderna se complace en hacer paralelos entre Carlomagno y Napoleon I. Ciertamente hay analogía entre ellos, abstraccion hecha de la inapreciable ventaja que como figura épica da al primero el ser semibárbaro y hallarse envuelto en esa bruma lejana que deforma, agrandando, los héroes y las cosas; pero entre esas analogías no es la menor la de haber ambos encallado en España y ser uno y otro para el pueblo español mucho menos grandes que para el resto del mundo, lo que probablemente no sucederia sin Roncesvalles y Bailén. Carlomagno no ha sido para los españoles el sér extraordinario cuya estatura excede en muchos piés la de los demas hombres, ni tiene fuerzas y apetito de Hércules, ni la

lio victus est post octo dies per varios ancipitesque bellorum casus.....» (LUITPRANDI *Chron.*, ann. 714.)

duracion de su vida traspasa los límites de la humana, ni lleva aureola de santo, ni es el jefe de los cristianos á quien debe Europa su salvacion de los sarracenos, nombre bajo el cual se confunden en los poemas carlovingios los pueblos arrastrados por las últimas oleadas de la barbarie, ó que, impelidos por la pasion religiosa, inquietan á los que se habian asentado sobre las ruinas del imperio romano. La ignorancia general y el aislamiento de los pueblos en la edad media permitió á cada uno hacerse un Carlomagno propio, celebrar sus virtudes á su manera, y localizar, por decirlo así, el héroe segun su genio. España le dió su fisonomía propia: como Alfonso VI y otros príncipes agriados por querellas domésticas, emigra á la córte de un rey moro, galantea allí á una infanta, batalla, vence al rival y la roba. Y no podia ser de otro modo: un frances, y Carlomagno para los españoles era un frances, viniendo á la córte de Leon ó de Castilla á desasosegar infantas y á vencer al caballero con quien batallara la dama, hubiera sido cosa intolerable y que á nadie habria ocurrido; pero todo eso era perfectamente posible trasladando la escena á una córte mora.

El furor de Román de la Higuera por hacer santos le lleva á incurrir en la mayor ineptia que pudiera caer de pluma española, imperdonable aún puesta en la de un escritor extranjero: la canoniza-

cion de Roldán como santo mártir, cual le presenta el libro de Turpin y las crónicas francesas que hablan de Roncesvalles, su Waterloo del siglo VIII. En cambio, como quien arranca una mala yerba de su campo y la arroja al vecino, coloca en un obispado frances al Justo, diácono del prelado toledano Heladio, de quien cuenta san Ildefonso que siendo obispo le ahogaron sus clérigos mientras dormía, á causa de sus malas costumbres.

Encontrando Higuera poco variada la vida de san Isidoro de Sevilla, introduce en ella el haber sido expulsado de su silla y desterrado á Málaga, ocupándola, entre tanto, un intruso de nombre Gordiano. Las Canarias habian sido desheredadas en la distribucion de los varones apostólicos; Luitprando, no queriendo que en esto fuesen aquellas islas desafortunadas, se apresuró á reparar la falta, consignando que la fe cristiana fué allí predicada en el primer siglo por discípulos de Santiago.

Una herejía grosera sobre el alumbramiento de la Virgen pasó de la Galia á España en el siglo VII; distinguióse entre los teólogos que la combatieron, san Ildefonso, en quien por esta razon y por el celo que desplegó en perseguirla como prelado, vino luego á personificarse la lucha, y por lo tanto la gloria del triunfo. La Virgen, para mostrarle su complacencia, habia descendido entre coros de ángeles á revestirle una casulla celestial, y santa Leocadia ha-

bia salido del sepulcro, durante la celebracion de una fiesta religiosa, para felicitarle y declarar que por él vivia su señora. Todo esto demuestra que se tenía conciencia de la gravedad de la herejía; que el combate fué rudo, y la satisfaccion que produjo la victoria. Higuera expone el error herético con la crudeza de términos de los polemistas visigodos, con la que ciertamente la hubiera expuesto Luitprando. Tal audacia de expresion no sorprendia ni escandalizaba en el siglo xvi: cada época comprende el pudor á su manera, y la de nuestros antepasados diferia mucho de la nuestra; así es que no chocó este pasaje del cronicón, ni se tuvo reparo en reproducirlo en el de Julian Perez.

Higuera sostenia con todas sus fuerzas á don Pedro de Castro en la defensa de sus láminas de plomo, sugiriéndole ideas y razones en sus cartas y pres-tándole el auxilio de sus cronicones. Ya se ha visto cómo le acreditó en el de Máximo la antigüedad de la lengua castellana; ahora se la confirma en el de Luitprando con mayor precision, pues señala su uso en tiempo de Augusto, así como el de otras lenguas, entre las que hace pasar la arábica, necesitada, para la autoridad de los plomos, de patente de antigüedad coetánea á la que debia tener aquel otro idioma<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> « In eo tempore fuerunt in Hispania decem lingua, ut sub Augusto et Tiberio, vetus hispana, cantabrica, graeca, latina, arabica, chaldaea, hebraea, celtiberica, valentina, catalaunica; de



Habia precedido á Higuera en la invencion de un extranjero diácono en Toledo y autor de una crónica de España, Florian de Ocampo, imaginando un Julian Lúcas, que habria existido en tiempo de Pelayo; apócrifo que nadie vió, que es dudoso llegara á escribirse, y del que ya Ambrosio de Morales habia hablado con desprecio. Higuera creyó que convenia conservar esta luz que Ocampo, menos candoroso de lo que parece, se habia encendido para poder presentar un tanto iluminadas las tenebrosas edades de nuestra historia, y en diferentes lugares del Luitprando afirmó la existencia de este cronista.

Debemos á Luitprando el descubrimiento de un nuevo papa español. Hasta entonces, fuera de los Borgias, no habiamos tenido más que uno ó dos pontífices de aceptable autenticidad; indignancia que los escritores extranjeros no dejaban de echarnos en cara, y que sonrojaba á los nuestros. Creyó Higuera haber encontrado medio de naturalizar uno más en nuestro suelo, aprovechándose de que á Martin II llaman tambien Marino; que sus biógrafos le hacen galesiano, esto es, natural de Galesio, pueblo de Toscana, y que fué sobrino suyo el papa Román, que entre algunos autores se susurra haber sido español. Con lo cual, haciendo á Marino, de galesiano, gallego, de un golpe ennobleció las familias

quibus in III, lib. Strabo, ubi docet plures fuisse litterarum formas et linguas in Hispania.» (LUITPRANDI *Chron.*, ann. 690.)

del apellido Marin, oriundas de esta provincia, nos proporcionó un nuevo compatriota honrado de la tierra, y consolidó la nacionalidad de Román.

Luitprando sabe quiénes son los verdaderos autores de varios escritos que se incluyen como dudosos entre los auténticos de los preladados de Toledo; convierte en poeta muzárabe del siglo IX al humanista toledano que con nombre de Nicandro profesó con reputación en la Florencia de los Médicis; y cierra el cronicón proclamando la constante primacía y patriarcado de aquella privilegiada iglesia<sup>1</sup>.

Van con el cronicón de Luitprando unas adiciones, á que su autor ó los que las publicaron dieron el nombre latino de *Adversaria*. Son párrafos ó fragmentos sin ilación cronológica, en número de doscientos setenta, en que se prosigue la distribución de obispos, santos y concilios, mezclando la historia de los templos y monasterios toledanos, el establecimiento y traslaciones de sedes episcopales, la remota antigüedad de várias imágenes de la Virgen, de especial devoción, entre las que concede el primer lugar á la de Atocha, despues de la del Pilar: la ilustre ascendencia de los santos Ildefonso é Isi-

<sup>1</sup> « Solus toletanus, ut primas Hispaniæ, habuit olim jus pallii in Hispania. Etiam in media captivitate semper servata est obedientia et reverentia ab hispanis pontificibus toletano pontifici, ut patriarchæ, et totius Hispaniæ jam inde à principio ecclesiæ primati. »

doro, la venida de san Atanasio á un concilio de Córdoba, noticias para escribir la vida de Valderedo, y las leyendas del Buen Ladron, de Juan Guarino y de una santa Coloma riojana, que, como otros mártires, llevó, despues de decapitada, su cabeza de un punto á otro, ingenua interpretacion de las antiguas imágenes que representan mártires teniendo en las manos una cabeza, para significar el género de suplicio en que dieron testimonio de la fe. Acreditanse en estas adiciones la existencia del cronicón de Julian Lúcas, apoyándose en su autoridad; la del arzobispo sevillano Teodisclo, que motivara con su herejía la transferencia del primado á Toledo, privilegio de esta silla que se nos enseña haber sido sancionado en el concilio de Nicea; la conversion de Plinio Secundo al cristianismo, y la venida de Teodorico á España y su casamiento en Toledo.

Ya hablamos de la lucha que sostenian entre sí las órdenes religiosas por sobreponerse en antigüedad. Pretendieron vencer y acallar á sus rivales los carmelitas, llevando la de la suya más allá de la ley de gracia, para lo cual aclamaron por fundador á un insigne profeta del pueblo hebreo. Contradecir semejante pretension de un instituto tan popular por el prestigio y esplendor que le habia traído santa Teresa, y cuyo poder se revelaba en su aspiracion á despojar á Santiago, en favor de su célebre

reformadora, del patronato de la nacion, era temerario, como despues lo experimentó la obra de los Bollandos, rechazada en España por tal causa. Higuera se plegó á auxiliar en su empeño á los carmelitas, dado que con ello más habian de ganar que perder sus cronicones: en consecuencia, vistió el hábito carmelita á santa Leocadia y á san Elpidio, constituido por Santiago primer obispo de Toledo, donde fundó un monasterio dúplice de su orden en el sitio en que luego se levantó el agaliense; muchos de los que aportaron á nuestras costas, fugitivos de Jerusalem despues de la muerte de san Estéban, eran carmelitas; fuélo san Amador, marido de la Verónica; y ya metido Higuera en este camino, cerró los ojos y penetró por los siglos anteriores á la era cristiana para traer á España discípulos de Elías, ó sean frailes carmelitas, con la expedicion del tiempo de Nabucodonosor.

La figura de Osio sale repetidas veces á la escena en estos fragmentos. El ilustre obispo de Córdoba, que habia confesado la fe católica en dias de prueba, y que, como delegado del papa san Silvestre, habia presidido el concilio de Nicea, vivia ya centenario en su obispado. La lucha entre católicos y arrianos seguia cada vez más embravecida. Constancio, que habia heredado el gusto de los de su raza por las discusiones teológicas, protegía esta última secta, la más adicta y acomodaticia con el poder impe-

rial. Representábanle á Osio como la columna que habia que derribar, porque su caída arrastraría la de la grande obra de Nicea. Abundaban en España, como en Oriente, aduladores revestidos de traje sacerdotal, cortesanos intrusos en el santuario, que no miraban las contiendas dogmáticas sino como medio de servir ambiciones de palaciegos y rivalidades de camarillas; estos lisonjeros hicieron llegar á los que en la córte asediaban los oídos del príncipe, que la edad habia debilitado la inteligencia y la fortaleza de Osio. El Emperador, que hacia ir á los obispos que le parecia para decirles lo que debian de creer, llamó al de Córdoba á Sirmio, decidido á vencer su resistencia. Allí, acosado de instancias y de amenazas, estrechado por privaciones, perseguido de argucias, de sofismas, de sutilezas dogmáticas, á que su espíritu recto y sencillo nunca se habia prestado, y que su cabeza debilitada no estaba en disposicion de desbaratar y refutar, el viejo confesor, fatigado y turbado, suscribió á todo. Las consecuencias fueron terribles: como en dias de peligro la debilidad es contagiosa, el papa Liberio, asimismo desterrado y hostigado, al saber la sumision de Osio sucumbió tambien. Inquieto y confuso de la concesion que habia hecho, el prelado cordobés se extinguió oscuramente aquel mismo año. Los escritores eclesiásticos de los siglos posteriores han tratado de levantar su vejez humillada, atribuyéndole

retractaciones y protestas, creyendo que la defecion del presidente del concilio niceno afectaba á la causa católica; pero ni la sumision de Osio ni la de Liberio, por dolorosas que sean, comprometen la Iglesia. Á nadie puede ocurrir que ésta quedára en lo más mínimo empeñada por profesiones de fe suscritas tímidamente por hombres aislados, sin consejeros, bajo la influencia de la fuerza y contra su opinion conocida. Román de la Higuera viene en auxilio de los rehabilitadores de la memoria de Osio, presentándoles su muerte de dos maneras distintas, á elegir: en una muere en Córdoba, dia de la Invenzion de la Cruz, cuya fiesta se habria instituido á su instancia, de edad de ciento diez años, ante muchos obispos y varones religiosos, con veneno administrado de orden de Constancio por no querer-se unir á la secta arriana, hecho que convertia en mártir al antiguo confesor; y en otra muere en la chochez, de más de ciento catorce años, dejando declarado en su testamento que moria en la fe del concilio niceno.

Amigo Higuera de opiniones peregrinas que dieran golpe, atribuye á Sócrates la coleccion de apólogos que nos ha legado la antigüedad bajo el nombre de Esopo; opinion que no puede tener más fundamento que una indicacion de Diógenes Laercio sobre haber puesto en verso aquel filósofo algunas fábulas.

La concordia que el autor de estos cronicones trataba de cimentar entre las iglesias de la península, quiso que fuera extensiva entre las de ésta y las de nuestras provincias de Italia; para ello trasladó obispos de unas á otras, ocúpánlas indistintamente naturales de uno y otro país, y las adiciones de Luitprando nos informan de la fraternal armonía que reinaba desde los tiempos apostólicos entre la de Milán y Toledo<sup>1</sup>.

Predilecto estudio de Román de la Higuera fué también el de la geografía antigua de España. Compuso de ella tratado especial, que no ha llegado á nosotros, pérdida de que nos debe consolar la muestra que sobre este género de erudición nos dejó en los cronicones. De él ha hecho uso en los de Dextro y Máximo para fijar la patria de los santos ó el lugar de su martirio, pero en el de Luitprando, principalmente en los *Adversarios*, es manifiesta la intención de resolver las controversias á que daba lugar la problemática situación de muchos pueblos antiguos. Ciertamente del modo que él desata las dudas, que es contraponiendo el nombre moderno correspondiente, no podía hacerlo sino por medio de un escritor á lo ménos del siglo x. Esta clase de estudios era entonces sumamente difícil; el que los cultivaba no tenía más guía que las inscripciones, cuya exac-

<sup>1</sup> «A temporibus apostolorum maxima consuetudo, et quædam fraterna societas fuit inter ecclesiam toletanam et mediolanensem.»

titud y autenticidad pocas veces le era dado comprobar, y las obras de los geógrafos antiguos. Pero las ediciones de éstos antes solían extraviar que guiar: los editores del siglo XVI, preocupados de responder á la avidez del público, no se cuidaban de depurar los textos, ó encomendaban su corrección á filólogos pedantes que los enmendaban á su capricho, por ser grande la dificultad y costo del cotejo de manuscritos. Higuera, que en estos fragmentos pone en guardia contra el itinerario de Antonino, asegurando estar sumamente adulterado, procede por conjeturas, que ordinariamente se fundan en etimologías, ciencia entonces abandonada á la fantasía de los gramáticos, para quienes era llano que las palabras que se parecen en las diferentes lenguas provienen unas de otras, y como en las nuestras meridionales es fácil distinguir la voz latina bajo el vocablo moderno, creían que una misma relacion unia todos los idiomas entre sí: de ahí el admitir las etimologías siempre que ofrecían las palabras cierta consonancia al oído.

Último retoño de la familia ficúlnea fué el cronicón de Julian Perez, personaje fantástico, creado por Higuera á imitación del Julian Lúcas de Ocampo. Supónele muzárabe de Toledo, arcipreste de su iglesia de Santa Justa y vicario, sede vacante, del arzobispado al tiempo de la reconquista; despues secretario del arzobispo don Bernardo, á quien



acompañó á Roma y en varios viajes por diferentes partes de España, con lo cual se autoriza para hablar como testigo de muchas cosas sucedidas y de otras que pretende hacer pasar como existentes en aquella época; dió el aguamano á don Alonso VII en la ceremonia de su primera coronacion y predicó en ella y en las otras dos veces que se repitió; asistió con él en la memorable expugnacion de Almería; conoció mucho al Cid y á otros varones ilustres; poseyó varias lenguas, reunió muchos libros, y escribió, siendo aún ya más que centenario, historias, entre ellas la latina de don Alonso VII y el poema de la conquista de Almería que la termina; nobiliarios, panegíricos, himnos y epitafios: noticias que va esparciendo por el cronicón, que á veces por esta causa toma el carácter de una auto-biografía. Precédele una dedicatoria á un monje fuldense, en que Julian cuenta que con otro monje de aquella abadía, venido á España á tratar con el Emperador asuntos de interes, le habia enviado varias obras para su biblioteca, y le pide en cambio otras que necesitaba, de donde, al enumerarlas el autor, toma ocasion para mezclar con algunos libros verdaderos otros apócrifos ó que nunca han existido<sup>1</sup>. Este cro-

<sup>1</sup> Higuera empeñado en sostener relaciones entre España y Fulda. Probablemente durante el período de la edad media que abarcan sus cronicones, no hubo más relacion entre nuestro país y aquella abadía, que la ida á ella de un aragonés en el siglo ix,

nición, que lleva *Adversarios* más extensos que el de Luitprando, es el más nutrido de los de Román de la Higuera, porque reproduce en él mucho de lo contenido en los anteriores, y debe su existencia al propósito que el autor tenía de fijar el episcopolo-

quien habiendo contraído una enfermedad, al parecer nerviosa, bañándose en el Ebro, recorrió en busca de curacion varios santuarios, obteniéndola al fin milagrosamente en Fulda. No recordando que ninguno de nuestros escritores haya consignado este hecho, que se cuenta en la Vida de santa Lioba, abadesa de Bischofheim á fines del siglo VIII, escrita en el IX por Rudolfo, monje fuldense, y que es curioso para el conocimiento de las costumbres de la edad media, y porque de él se desprende la afinidad que ya entonces existia entre las lenguas vulgares habladas en España é Italia, transcribimos su relato:

«Alter vero de Hispania erat, qui peccatis exigentibus pœnæ tali addictus est, ut horribiliter quateretur tremore omnium membrorum. Cujus passionis in commodum, sicut ipse retulit, in Ibero flumine contraxit. In qua deformitate oculos civium suorum non sustinens, ubicumque ei ire visum est, per diversa sanctorum loca vagabatur. Peragrata itaque omni Gallia atque Italia, Germaniam ingressus est. Ubi cum nonnulla monasteria causa orationis adisset, Fuldam venit, mansitque ibi tribus diebus in hospitali peregrinorum susceptus, ecclesiam frequentans et orans, ut jam sibi placaretur Deus, ac pristinam restitueret salutem. Cumque die tertia oratorium intrasset, altaria cuncta orando circuei, ad memoriam sanctæ virginis ex more pervenit; et oratione ibi completa, cryptam occidentalem super quam corpus S. Bonifacii martyris quiescit, ingressus est, ac prostratus in oratione, dormienti simillimus jacuit, non tamen tremens, sicut etiam per somnum solebat. Quod cernens vir venerandus Firmadus presbyter et monachus, qui propter infirmitatem suam ibi sedebat et stare non poterat, obstupuit, et quibusdam eum erigere volentibus prohibuit, potiusque eventum rei exspectandum esse judicavit. Inte-

gio toledano y llenar sus lagunas, y á la necesidad de procurarse para su historia de Toledo un testigo ocular de la conquista. Que tal fué en un principio la mente de Higuera, lo demuestra el citar este cronicón en aquella historia como «una coleccion y compendio de algunos arzobispos de Toledo.» El ordenar definitivamente un episcopologio toledano era empeño que no habrá nadie que no encuentre justificado al saber que por entonces corrian no menos que diez diferentes, á los cuales añadió Higuera otro suyo con el título de *Diptycon Toletanum*. Julian Perez venia á completarlo y autorizarlo: la iglesia primada no habria sufrido eclipse; ella habria atravesado el período de la dominacion agarena, como el Ródano el lago Léman, conservando límpida y pura su corriente.

Noticias locales de Toledo constituyen el armazón y cimiento de este cronicón; él debia ser su me-

rea subito surrexit homo, et non tremebat, quia sanatus erat. Interrogatus ergo à presbytero (quoniam linguæ ejus, eo quod esset Italus, notitiam habebat) retulit se per excessum mentis vidisse virum veneranda canitie stola pontificali indutum, quem comitabatur puella quædam in habitu nonnaico, quæ se apprehensum erigeret, et pontifici ad benedicendum offerret. Cujus pectori cum pontifex signum crucis Christi imprimeret, nigerrima avis instar merulæ de sinu illius per capitium tunicæ egressa, mox ut terram contingeret, in gallinam conversa sit; ac deinceps in speciem deformis ac teterrimi homunculi transformata, per gradus aquilonaris introitus cryptam egressa sit.» (D'ACHERY y MABILLON, *Acta Sanct. ord. S. Bened.*, tomo iv, pág. 233.)

por historia, porque suministra de primera mano datos precisos sobre todo lo que un toledano podría tener curiosidad ó interés en saber acerca de la fundación de su patria, monumentos, ritos, costumbres, apellidos, escritores, y sucesos históricos de toda clase. De éstos los hay que se ligan, en cierto modo, á la historia de España, tales como el establecimiento de la liturgia romana y el matrimonio de la infanta Teresa con Abdallah, walí, ó, como dicen las historias, rey de Toledo.

Impulsaba el pontificado con enérgica perseverancia la realización de su idea de hacer de la humanidad una sociedad religiosa universal. La unidad de rito debía responder á la unidad de doctrina, á la inmutabilidad y á la universalidad de creencia que marcaban ya el carácter de la Iglesia católica. Al apoderarse de la lengua latina y hacerla su lengua oficial, ponía sus ritos al abrigo de las revoluciones del lenguaje y facilitaba su adopción entre las naciones que en Occidente iban naciendo de la descomposición del imperio romano. Legados de la Santa Sede apremiaban á los reyes y se valían de la piedad de las reinas para activar la obra de la unidad de la Iglesia por la uniformidad del rito. Admitieronla, al fin, Aragón, Navarra y Cataluña, siguieronlas Castilla y Leon; pero el importado rito gregoriano sintió detenida su marcha triunfadora ante la población muzárabe de la recién conquis-

tada Toledo, que defiende contra los decretos del Rey y del Legado la conservacion de la liturgia que la ha consolado durante cuatro siglos de cautiverio, formada con los cánticos de sus santos, consagrada con la sangre de tantos mártires, á quienes habia fortalecido para confesar la fe. Fortuna fué de los toledanos tener por prelado á uno de aquellos monjes que Francia, menos bárbara que España, educaba en sus abadías y venian á ocupar aquí las prelacías de monasterios y cabildos. Este prelado, ilustrado, tolerante, político, logró persuadir al Rey que aquella contienda habia que resolverla por transaccion: los muzárabes conservarían su amado rito gótico, y los nuevos pobladores tendrían templos en que se seguiría el gregoriano. Prevalció esta solución. Toledo guardó su rito; como Milan el ambrosiano; pasó tiempo y quedó el hecho de dos ritos frente á frente, y la memoria de haber querido el Rey imponer el romano, y de haberlo resistido el pueblo. La coexistencia de las dos liturgias rivales viviendo en paz se explicó, como lo demandaba aquella edad, por causas sobrenaturales. Se habia apelado al juicio de Dios: un combate habia tenido lugar entre dos caballeros, campeones de los respectivos ritos, y habia quedado vencedor el paladin del muzárabe. No considerando los contrarios de éste decisiva la prueba, sometiése la cuestion á la del fuego: puestos sobre brasas los dos misales, quedó ileso el góti-

co y abrazado el romano. Esto se decia y creia en el siglo XIII, en el cual se habia despues de dar por reproducido el prodigio en las disputas de santo Domingo con los albigenses. Julian Perez, testigo y actor en estos sucesos, no nos deja ignorar ni los nombres de los campeones, ni los de los jueces, todos de familias ilustres de Toledo, ni los sitios teatro de las pruebas, ni el concurso de gente que las presenci6; 6l, como arcipreste de la catedral de Santa Justa, sali6 al encuentro y abraz6, con l6grimas, al vencedor cuando fu6 6 dar gracias 6 Dios entre las aclamaciones del pueblo. Importaba acreditar el rito muz6rabe, no s6lo para dar satisfaccion 6 la vanidad de los toledanos, sino porque su misa habia sido establecida por Santiago y ordenada por san Pedro. El origen apost6lico de la misa era creencia generalizada en la Iglesia cat6lica, y en algunas partes, como todav6a hoy, se veneraban los altares en que los ap6stoles la habian celebrado. La exageracion, habitual en los protestantes, de querer que sean de introduccion moderna los ritos y ceremonias del culto cat6lico, producia y sostenia la reaccion en sentido contrario, y los cronicones no podian menos de venir en su auxilio.

Describir los festejos con que 6 orillas del Tajo se celebraron las bodas de la infanta do6a Teresa, hermana del rey de Leon Alonso V, con Abdallah, rey, wal6 6 jeque, que en la jerarqu6a del novio an-